

ron una gran estimación y respeto hacia él, y bendecían al Señor por haberles dado un rey en quien había puesto tanta sabiduría para hacer justicia.

Por artificioso que sea el disimulo, por mas que se disfrace la falsa piedad, no es capaz de imitar largo tiempo á la verdadera virtud; es preciso que se descubran bien pronto el artificio y el disfraz. La verdadera piedad, así como la naturaleza, tiene un carácter y unas facciones que no se copian sino muy imperfectamente. La falsa virtud ama la division, no sirve á Dios sino con temperamentos, y reservándose siempre alguna cosa. Se quiere servir á Dios; pero no se quiere desagradar al mundo. Dios y el mundo son dos señores muy contrarios: no importa; el falso devoto quiere servir á entrambos. La verdadera virtud aborrece toda division; sabe que es imposible servir á un mismo tiempo á estos dos señores, y nunca pierde de vista este oráculo de Jesucristo.

El Evangelio de la misa de este dia cuenta el celo con que el Hijo de Dios reprehendió á los que profanaban el templo con su tráfico, y arrojó á los que hacían de él un mercado y un lugar de cambio.

No hacía mas que tres semanas que el Salvador había comenzado á darse á conocer al pueblo por sus predicaciones y sus milagros, cuando acercándose la fiesta de la pascua, que era la mas solemne del año, dejó la ciudad de Cafarnaum donde moraba algun tiempo había, para ir á Jerusalem á celebrar esta fiesta. Bien podia Jesus como legislador dispensarse de esta ley; pero queria enseñarnos aun mas con su ejemplo que con sus palabras cómo debemos cumplir nosotros y hacer cuanto fuere de su gloria y alabanza en todas sus festividades. Como el templo era siempre su primera estacion, se fué á él; y habiendo entrado, halló varias mesas puestas para los cambiantes y mercaderes que vendían bueyes, carneros y palomas, que servían de victimas para los sacrificios. Los sacerdotes tenían su lucro en este tráfico y por un vil y soez interes toleraban que se tuviese esta feria en un lugar tan santo, cual era el átrio exterior del templo, donde el pueblo oraba ordinariamente. Al ver el Salvador una profanacion tan escandalosa de la casa de Dios, se inflamó en un santo celo; y olvidándose, si es permitido hablar así, de su mansedumbre y de su paciencia, en esta ocasion mostró su indignacion contra aquella tropa sacrilega, que deshonraba el mas respetable y santo templo. Juntó algunos cordeles que encontró tirados, hizo de ellos una especie de azote, y arrojó de aquel lugar sagrado,

primeramente á los mercaderes de bueyes y de carneros, y despues á los cambiantes, cuyo dinero arrojó por tierra, como tambien sus mesas y bancos. Con mas blandura trató á los que vendían palomas; no los echó á latigazos, solo se valió de su voz para hacerlos retirar, contentándose con decirles: Quitad de aquí estas cosas, y no hagais la casa de mi Padre casa de negociacion. El profeta Zacarías había dicho mucho tiempo ántes, que cuando viniere el Mesias, *no habria traficantes en la casa del Señor*. Sus discipulos que conocían su extremada mansedumbre, se sorprendieron al ver en su Maestro una tan gran severidad; pero lo atribuyeron al fervor de su celo, y se acordaron de aquellas palabras que había dicho David en persona del Mesias: *El celo que tengo por la honra de tu casa es como un fuego voraz que me consume*.

Sin embargo del poder y autoridad que el Señor ejercia con tanto imperio, los judíos que aun no le habían visto hacer milagro alguno, le preguntaron, ¿en virtud de quién obraba con tanta autoridad en la casa de Dios, y con qué milagro les probaba que Dios lo había enviado en calidad de profeta? El Salvador que no hacía milagros para satisfacer la curiosidad de los que dudaban de su poder y de su mision, no quiso hacer otro delante de aquellos espíritus curiosos y malignos, sino el que acababan de ver. Porque ¿qué mayor milagro, dice San Gerónimo, que el que un solo hombre que no parecia estar revestido de autoridad alguna, hubiese hecho sin la menor resistencia lo que Jesucristo acababa de hacer? Era preciso, añade este padre, que un fuego celestial hubiese entónces centellado en sus ojos, y que la Magestad divina se hubiese dejado ver en su rostro. Sin embargo, tuvo á bien responder á su pregunta de masiado atrevida, por medio de una predicacion que debía demostrar su divinidad, y la cual sola valia por todos los mas grandes prodigios. Destruid este templo, les dijo, hablando de su cuerpo; esto es, vosotros lo destruireis y yo lo reedificaré en tres dias. Era el templo de su cuerpo del que Jesucristo hablaba; de aquel templo tan sagrado que los judíos habían de echar á tierra haciendo morir al Mesias, y que el Mesias resucitando tres dias despues por su propia virtud, lo había de levantar. El milagro de su resurreccion, el cual solo demostraba mas el soberano poder, y la divinidad de Jesucristo, que todos los otros, era la respuesta que daba ordinariamente á los que le preguntaban sobre su persona. Ninguno de los asistentes comprendió entónces este misterio; los mismos discipulos no

lo entendieron sino hasta despues que lo vieron cumplido. Los judios creyeron que hablaba del templo de Jerusalem, reedificado por Zorobabel, y que no se acabó de perfeccionar sino despues de cuarenta y seis años: esto es lo que hizo decir á los judios: Cuarenta y seis años se ha tardado en edificar este templo, ¿y tú dices que en tres dias lo reedificarás?

Habiendo el Salvador permanecido en Jerusalem toda la octava de la pascua, hizo muchos milagros; los que fueron causa de que muchas personas creyeran en él. Sus instrucciones y sus milagros lo hicieron muy célebre en Jerusalem. No se hablaba de él sino con admiracion: todos lo miraban como á un gran profeta; pero el Salvador que conocia á fondo el corazon de los hombres y su inconstancia, contaba poco sobre todas estas demostraciones de aprecio y de veneracion, sabiendo bien que la mayor parte de los que lo admiraban y ensalzaban entónces, pedirian su muerte dentro de pocos dias. Tal es aun hoy el carácter de aquellos cristianos, que despues de haber sido devotos, vienen á hacerse ímpios y libertinos. ¡Pero cuál será la suerte de estos infelices!

La Epístola es del capítulo III del libro III de los Reyes.

En aquellos dias: Acudieron á Salomon dos mugeres públicas, y presentándose á su tribunal, dijo una de ellas: Dignate escucharme, ó señor mio: yo y esta muger viviamos en una misma casa, y yo parí en el mismo aposento en que ella estaba. Tres dias despues de mi parto parió tambien ella: nos hallabamos las dos juntas, y no habia en la casa nadie sino nosotras dos. Mas el hijo de esta muger murió una noche, porque estando ella durmiendo le sofocó. Y levantándose en silencio á una hora intempestiva de la noche, cogió á mi niño del lado de esta sierva tuya, que estaba dormida, y se le puso en su seno, y á su hijo muerto le puso en el mio. Cuando me incorporé por la mañana para dar de mamar á mi hijo, le hallé muerto; pero mirándole con mayor atencion así que fué de dia claro, reconocí no ser el mio que yo habia parido. A esto respondió la otra muger: Es falso: tu hijo es el que murió, y el que vive es el mio. La otra por el contrario decia: Mientes; pues mi hijo es el vivo, y el tuyo es el muerto; y de esta manera altercaban en presencia del rey. Dijo entónces el rey: La una dice: Mi hijo está vivo, y el tuyo es muerto. La otra responde: No, que tu hijo es el

muerto, y el vivo es el mio. Ahora bien, dijo el rey, traedme una espada. Y así que se la habian traído, partid, dijo, por medio al niño vivo, y dad la una mitad á la una, y la otra mitad á la otra. Mas entónces la muger que era madre del hijo vivo, clamó al rey porque se le conmovieron sus entrañas por amor á su hijo: Dale te ruego, ó señor, á ella vivo el niño, y no le mates. Al contrario decia la otra: Ni sea mio ni tuyo, sino dividase. Entónces el rey pronunció esta sentencia: Dad á la primera el niño vivo, y ya no hay que matarle, pues ella es su madre. Divulgóse por todo Israel la sentencia dada por el rey, y se llenaron todos de un respetuoso temor hácia él, viendo que le asistia la sabiduría de Dios para administrar justicia.

El Evangelio es del capítulo II de San Juan.

En aquel tiempo: Estaba ya cerca la pascua de los judios, y Jesus subió á Jerusalem. Y encontrando en el templo gentes que vendian bueyes, y ovejas, y palomas, y cambistas sentados en sus mesas: habiendo formado en cuerdas como un azote, los echó á todos del templo, juntamente con las ovejas y bueyes; y derramó por el suelo el dinero de los cambistas; derribando las mesas. Y á los que vendian palomas, les dijo: Quitad eso de aquí, y no querais hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico. Entónces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me tiene consumido. Pero los judios se dirigieron á él, y le preguntaron: ¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesus: Destruid este templo, y yo en tres dias le reedificaré. Los judios le dijeron: Cuarenta y seis años se han gastado en la edificación de este templo; ¿y tú lo has de levantar en tres dias? Mas él les hablaba del templo de su cuerpo. Así, cuando hubo resucitado de entre los muertos, sus discípulos hicieron memoria de que lo dijo por esto, y creyeron á la Escritura y á las palabras de Jesus. En el tiempo pues que estuvo en Jerusalem, con motivo de la fiesta de pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacia. Verdad es que Jesus no se fiaba de ellos, porque los conocia á todos; y no necesitaba que nadie le diera testimonio acerca de hombre alguno: porque sabia él mismo lo que hay dentro de cada hombre.

MEDITACION
Sobre las calidades de la fé.

Considera que no cualquiera especie de fé basta para que el Señor acepte su obsequio, pues vemos en el Evangelio de hoy, que muchos creían en Jesucristo al ver los milagros que obraba, y á pesar de eso el Señor no se fiaba de ellos, porque sabía lo que eran, dice el mismo Evangelio; es decir, que conocía á fondo sus corazones y veía que el convencimiento en que quedaban á virtud de los milagros era muy superficial, que no pasaba del entendimiento; ni ganaba sus corazones, los cuales se quedaban con su indocilidad ordinaria, unos mas y otros ménos; pero todos fáciles á faltar á la fidelidad y convertirse contra el mismo á quien habian prestado el asenso de su fé. Así es que vemos que la fé propia de un cristiano y correspondiente á la dignidad y grandeza del Dios de la verdad, debe ser muy otra de la que tenían en aquel tiempo muchos de los judíos. Poco es creer en Dios por un convencimiento de su existencia, de su poder y magestad, si no le rendimos el homenaje que le debemos con todo nuestro ser que de él hubimos. Poco es conocerlo por el convencimiento de nuestra razón ó por nuestro discurso, si no le prestamos la fé que demanda su sabiduría y su verdad, para creer todo aquello que es sobre nuestra razón y nuestro alcance. Poco es conocer que es suma bondad, si no le prestamos el amor que demanda el Ser infinitamente bueno en sí mismo; y si no conocemos que no solo es infinitamente bueno en sí mismo, sino bueno tambien para nosotros, esto es, que nos ha hecho capaces de participar de su bondad y gozarla; y poco es conocer esto si no procuramos prácticamente hacernos imágenes de esta su bondad, mediante la gracia, la caridad, y el ejercicio de todas las virtudes propias de nuestro estado; convencidos de que todo este lleno demanda nuestra fé para asegurarnos en el servicio de Dios; y ser acepta en sus divinos ojos.

Considera que no es circunstancia de poco momento el que nuestra fé sea aceptable á los ojos de Dios; porque esta aceptación divina quiere decir tanto como ser nuestra fé verdadera, legítima, sólida, viva, meritoria, en una palabra, perfecta; puesto que, como dice el Evangelio de hoy, Dios sabe lo que hay en el interior de cada hombre, y sabe lo que requiere una virtud para ser perfecta; y de

aquí la enorme diferencia que advertimos en unos hombres respecto de otros: los discípulos creían, creían las santas mugeres, creía Nicodemus; y creían otros muchos que de corazón seguían á Jesucristo, y el Salvador se fiaba de todos éstos: creían tambien las turbas de que habla el Evangelio de hoy, y Jesucristo no confiaba en su fé. ¿De dónde pues viene esta diferencia? De que el Señor miraba los corazones de unos y de otros; y sabía qué calidades habia en la fé de los unos y en la de los otros. En aquellos miraba una fé viva, sólida, constante, animada del amor santo que le profesaban: en estos veía una fé imperfecta, superficial, deleznable, que no era sostenida por una caridad verdadera y permanente. Por eso pues, contaba con aquellos, y no con estos. ¡Oh Dios, y cuánto va á decir esta diferencia! Jesucristo se confiaba á aquellos, esto es, se les da á sí mismo dándoles su gracia, su caridad, sus virtudes, sus sacramentos, su espíritu, su cuerpo y sangre, sus méritos, y el derecho á la bienaventuranza. Para estos otros cierto es que prepara todos estos bienes inestimables; pero no se los da por una recepción real y efectiva, mientras no tengan la fé que en él deben tener: en faltando ésta fé viva y verdadera, como faltaba en los judíos de que habla este Evangelio, de hecho se pierden todos aquellos bienes, porque el Hijo de Dios no se les confiaba, no se les da, no se entrega á ellos por gracia y caridad. ¡Suma desgracia! ¡Pérdida incalculable!

PETICION Y PROPÓSITOS.

No acaso, sino por providencia del Señor, se han escrito y conservado los pasajes y sentencias del Evangelio santo; y no es otra la mira del Señor que la de que en aquellos ejemplares leamos la diferencia de suertes que tocan á los que llevan tan diversos caminos que unos siguen á Dios y otros le huyen, ó intentando seguirle toman otro sendero que aquel en que anda Dios. Providencia tan benéfica debe llamar toda nuestra atencion, para que pensando con cordura proveamos á nuestro bien; y una vez advertidos de lo que basta y no basta para nuestra salud espiritual, tratemos de asegurarla con el lleno y perfeccion de la virtud. Tal debe ser nuestro propósito, y su seguridad la que nos preste el auxilio divino que humildes imploramos, poniendo de nuestra parte la docilidad de corazón á la voz de Dios; docilidad cuya falta hizo frustrarse la fé de aquellos

judios, y malograria la nuestra si no pusiéramos el remedio insinuado.

JACULATORIA.

Dad, Señor, á vuestro siervo un corazón dócil.

LECCION.

Sobre las irreverencias en la iglesia.

Nada irrita mas al Señor, nada excita mas su justa indignacion, y nada hace sentir infaliblemente y mas pronto los tristes y terribles efectos de su enojo, que las irreverencias que se cometen todos los dias en sus santos templos: cada una de ellas es un manifiesto atentado contra nuestro Dios; todas una impiedad, todas un escándalo. ¿Será posible que los paganos en sus religiones supersticiosas sean mas respetuosos, que guarden mas silencio y compostura en sus mezquitas los turcos, que los cristianos en sus templos? ¿Qué vergüenza, tener que valerse del ejemplo de los infieles para enseñar á los cristianos á ser ménos irreligiosos! Sí, los paganos, los turcos, los hereges de todos los siglos se levantarán el dia del juicio contra tantos fieles irreligiosos, y los condenarán. Ellos son modestos y circunspectos en unos templos profanos, donde solo ofrecen sus votos y queman su incienso al demonio; y esto solamente porque estos templos son unos lugares que su supersticion dedica á sus ídolos. La sola nocion de templo, la sola idea de religion ha inspirado á las naciones aun mas bárbaras, una religiosa modestia. Y ¿será posible que solo los cristianos, que solo los fieles que creen y confiesan que está Jesucristo real y verdaderamente presente en nuestros altares, que adoran no á un Dios desconocido, sino al Dios verdadero, todo sabiduría é inteligencia; ¿será posible, repito, falten á una tan justa como necesaria obligacion? La sangre de Jesucristo que se derrama diariamente sobre nuestros altares, y toda la magestad del Dios vivo que vamos á adorar á nuestros templos, ¿jamás han de ser bastantes para inspirarnos un culto respetuoso? ¿Qué no nos instruye la fé cristiana en todo lo bastante sobre este punto capital de nuestra religion? Es imposible concordar nuestra conducta con nuestra creencia, cuando se trata de este artículo: ninguna cosa admira tanto, ninguna conmueve y alborota mas el espíritu de los verdaderos fieles, como el oír lo que los cristianos creen de nuestros di-

Martes de la 4.^a semana de cuaresma.Miércoles de la 4.^a semana de cuaresma.Jueves de la 4.^a semana de cuaresma.Viernes de la 4.^a semana de cuaresma.

vinos misterios, y ver la indevoción, la indecencia y la inmodestia con que estos mismos cristianos asisten á tan sagrados misterios.

¿Es posible que á nuestras iglesias, que son la casa del Señor, tan augusta por la magestad del Dios que se adora en ella, tan santa por la víctima adorable que cada día se sacrifica, tan venerable por los votos que se hacen á Dios vivo; en fin, tan respetable, que los mismos ángeles no se presentan sino con un profundísimo respeto, donde los mismos demonios tiemblan de acerse, los cristianos tengan el descaro de llevar su impiedad, y de no presentarse las mas veces en ellas sino para profanarlas, y para insultar, por decirlo así, al Dios Trino y Uno que adoramos en esos lugares santos? ¿Qué, no les habrá quedado ya la mas leve tintura de religión, que les haga perdonar al ménos al lugar santo, y respetarlo siquiera al tiempo de un sacrificio, mayor que cuantos pueden presentarse en todos los siglos? ¡Ah! Por poca fé que uno tenga, no puede menos que estremecerse al ver la irreligion con que se está en los templos. Porque efectivamente, ¿habrá quien crea que es dar un culto religioso al Dios de los ejércitos que reside en nuestros altares, no presentarse delante de él, sino para cometer horribles irreverencias? ¿Tendrán por veintura á Jesucristo por el Redentor y Soberano Juez de vivos y muertos, los que tan mal obran? ¿No será mas cierto que no lo miran en los templos sino como un fantasma de divinidad, ó como un rey de teatro? ¿Qué escándalo! ¿Qué impiedad! Mas ciertamente no se puede pensar otra cosa de los que no se dejan ver á los piés de los altares, sino con un aire que mas indica que vienen á hacer burla de él, y á insultarlo, que á venerarlo y darle culto: de los que se presentan con tan poca circunspeccion, tan sin ningun respeto, que no se atreverian á presentarse delante de un magistrado con aquella indecencia, con aquella dissipacion de espíritu, con aquella libertad con que asisten á los oficios divinos, y al santo y tremendo sacrificio de la misa.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Martes de la cuarta semana de Cuaresma.—Predicando Jesus en el templo de Jerusalem, los escribas y fariseos intentaron prenderlo; mas no habiendo llegado su hora, no lograron su prison.—San Mateo, cap. VII.

Miércoles de la cuarta semana de Cuaresma.—Jesus cura á un ciego de nacimiento.—San Juan, cap. IX.

Jueves de la cuarta semana de Cuaresma.—Jesus resucita al hijo de la viuda de Nain.—San Juan, cap. VII.

Viernes de la cuarta semana de Cuaresma.—Jesus resucita á Lázaro, hermano de María y Marta.—San Juan, cap. XI.

Mártres de la cuarta semana de Cuaresma.

DAVID exclama en su estremada aflicción: *Oid, Dios mio, mi oracion, y no desecheis mi deprecacion; dignaos mirar el estado en que estoy, y no me neguéis la asistencia que os pido.* Luego continúa: *Mi espíritu no me trae á la imaginacion sino objetos tristes y melancólicos: los gritos de mis enemigos, la vista de los pecadores que se han unido para perseguirme, me tienen contrubado en extremo.* Este salmo en el sentido figurado conviene perfectamente á Jesucristo. David destronado y echado de Jerusalem, representa al Salvador desechado y condenado á muerte por los judíos. Absalon á la cabeza de los rebeldes, es figura de los sacerdotes sublevando al pueblo contra el Salvador; finalmente, la traicion de Aquitofel, que hace el asunto de todo este salmo, representa la de Júdas.

Como en el Evangelio de la misa de este dia Jesucristo echa en cara á los judíos el menosprecio que hacian de la ley que se glorian haber recibido de Moises; la Iglesia ha elegido para la Epistola el pasage del Exodo en que Dios hace saber á Moises que el pueblo que habia llenado de beneficios, y en favor del cual acababa de hacer tantos prodigios, se habia olvidado de él y lo habia menospreciado, hasta sustituir en su lugar un becerro de oro; y esto al tiempo mismo en que le daba su ley en el monte.

Habiendo vuelto á subir Moises á lo mas alto del monte, de donde le habia sido preciso bajar para intimar al pueblo la voluntad de Dios, y asegurarle de su proteccion, le declaró el Señor sus mandamientos, y le dió diversas fórmulas de justicia, para castigar los delitos y arreglar las costumbres. Pero viendo el pueblo que Moises se tardaba en bajar del monte, se imaginó que habia perecido entre los relámpagos y truenos; y como estaba acostumbrado á las supersticiones paganas que habia aprendido de los egipcios y con el corazon todavía corrompido por el largo comercio que habia tenido con esta nacion idolatra, precisó á Aaron á que les hiciese unos dioses. Mas viendo Aaron que el pueblo estaba amotinado y pronto á una rebelion, tuvo la flaqueza de ceder á sus sacerdotiles deseos. Les dijo que tomaran las joyas de oro de sus mugeres y de sus hijos, y se las tragesen; creyendo quizá que por no verse privados de estos adornos, mudarian bien pronto de pensamiento. ¡Pero qué no puede la corrupcion del corazon cuando ha llegado á comunicarse al

entendimiento! El irreligioso pueblo le llevó sin pena aquellos ricos despojos. Se fundió de todo este oro, y se erigió un becerro que se colocó en el altar, á imitacion y semejanza del dios Apis ú Ostris, que los egipcios adoraban bajo la forma de un buey; y habiéndole sacrificado el insensato pueblo víctimas y holocaustos como á una divinidad, celebraron una grande fiesta á honra del becerro de oro, con cançiones, banquetes y danzas. Entre la destemplanza de una tan vergonzosa idolatría, se decian unos á otros: *Estos son tus dioses, Israel: estos son los que te han sacado de Egipto.* Tanta verdad es, que se pierde hasta la razon, cuando se pierde á Dios de vista y cuando nos entregamos á la disolucion y á los deleites de los sentidos.

Viendo el Señor esta abominacion, le dijo á Moises, baja, porque el pueblo que has sacado de Egipto ha pecado enormemente: se han apartado muy pronto del camino que tú les habias mostrado; se han fundido un becerro de oro, lo han adorado como á su dios y le han sacrificado víctimas, diciendo: *Estos son tus dioses, Israel, que te han sacado de Egipto.* Ves, añadió el Señor, que este es un pueblo intratable é indócil. Déjame seguir los movimientos de mi indignacion; voy á exterminarlos, y á tí te haré cabeza de otro pueblo mas crecido y ménos difícil de gobernar. Al oír esto Moises, se postró delante del Señor, y lo conjuró con el mayor anhelo, que tuviese á bien perdonar á un pueblo que habia librado tan poderosamente del cautiverio de Egipto; y le muestra que entónces dirian los egipcios que no les habia sacado de su cautiverio sino para hacerlos perecer entre los montes; asimismo le suplicó que se acordara de las promesas que habia hecho á Abraham, á Isaac y á Israel en favor de su posteridad; y en fin, que se dignase suspender los funestos efectos de su justo enojo.

Dijo Dios á Moises: Déjame que los castigue: es, dice Teodoro, como si tácitamente le dijera en otro sentido: Deten mi enojo con tus oraciones. No dirá, déjame castigarlos, sino que los castigaria si no quisiera perdenarlos. Diciendo Dios á Moises, déjame que los esterminé, le da ocasion y le inspira el deseo de suplicarle, y le hace comprender el poder que tendrian las súplicas que hiciese por ellos. Reconozcamos en esto la misericordia de Dios en favor de los pecadores. Quiere el Señor perdonarles, pero quiere que se lo supliquen. Enternecido el Señor y movido de las fervientes oraciones de su siervo, se aplacó y dejó de castigarlos. Pero Moises bajando con

las dos tablas de la ley en las manos, y viendo el becerro de oro y las danzas que se hacían al rededor de él, se irritó tanto, que las tiró y las hizo pedazos á la falda del monte, como queriendo dar á entender que quedaba rota la alianza que los hebreos habian hecho con Dios. Esta accion de Moises, dice San Agustin, era simbolo y una especie de profecía de la supresion ó anulacion de la antigua alianza, para dar lugar á la nueva que el Mesias habia de dar un dia. Destruyó Moises el altar, arrojó al fuego el becerro de oro, cuyo polvo mezclado con agua, hizo beber á los hijos de Israel como para hacerles conocer la vanidad de su pretendida divinidad, la que no habia podido embarazar el ser reducida á polvo; y para que la menospreciasen como al polvo.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan. Hacia la mitad de la fiesta de los Tabernáculos, instituida en memoria de las tiendas bajo las cuales habian acampado los judios en el desierto por espacio de cuarenta años, y que se celebraba ocho dias en el séptimo mes del año judaico, que correspondia á nuestro Septiembre; á mitad de la fiesta, esto es, un dia festivo de la octava que según parece era sábado, subió el Salvador al templo, seis meses ántes de su muerte, y se puso á enseñar; lo que hizo con tanta elocuencia y erudicion, que se atrajo la admiracion de todo el pueblo, que unos á otros se decian: ¿Cómo sabe tanto sin haber tenido jamas maestro que le enseñe? Mas ¿escucisto les contestó: La doctrina que os predico no deja de ser mia, aunque es la doctrina de mi Padre que me ha enviado para que os la enseñe: No creais que os hablo solamente como hombre, soy el Hijo de Dios, y os hablo en calidad de tal. Los que se niegan á su propia voluntad para hacer la de Dios, conocerán bien pronto si lo que yo hablo es de mí, ó si es Dios el que me hace hablar, y si mi doctrina es de hombres ó doctrina dada por el mismo Dios. No habrá entre vosotros quien no confiese que un enviado que habla por sí, y no según las instrucciones que se le han dado, busca su propia gloria; y que al contrario, el que solo busca la gloria del Señor, cuyo lugar ocupa, nada dice que no sea verdad, y nada quiere que no sea justo.

Los judios acusaban al Salvador de haber violado la ley, y aun querian quitarle la vida por haber curado en sábado al paralítico. Pero Jesus les hizo ver que conocia sus más secretos pensamientos y su mala voluntad, diciéndoles, que si él hubiera quebrantado la ley curando en sábado á un paralítico, ellos la quebrantarían mas

circunciando en sábado á un niño cuando cae en este dia el octavo de su nacimiento. ¿Por qué, pues, me quereis quitar la vida? El simple pueblo creyó que esta reconvenccion se dirigia contra él y se ofendió vivamente, porque amaba al Salvador, y no tenia parte en nada de cuanto los pontifices y fariseos tramaban contra el Señor; y por esto algunas gentes arrebatadas de cólera le dijeron: Estás poseido del demonio, y no puede ser otro que este espíritu de mentira, quien te hace hablar de esa suerte. ¿A quién le pasa por la imaginacion el hacerte morir? El Salvador que no habia dirigido al pueblo su reconvenccion, no se detuvo en rechazar su calumnia y su falta de respeto, sino que continuó en confundir á sus enemigos, diciéndoles: Me imputais á delito un milagro que os ha sorprendido. Yo he curado á un paralítico, le he mandado que tome su lecho y se vaya; y como la envidia todo lo corrompe, vosotros me acusais de haber violado la ley, porque hoy sábado he curado á este enfermo. No juzgais por las apariencias y segun el exterior de las cosas; entrad en el espíritu de la ley: no blastemeis en mí lo que juzgais no se puede condenar en vosotros. Si no se viola la ley del sábado circunciando al hombre en este dia, ¿por qué se ha de violar haciendo andar á un paralítico?

Entre los que escuchaban al Salvador habia muchos de Jerusalem, que mejor informados que el simple pueblo, sabian ciertamente lo que se tramaba contra él. Estos, pues, se decian, unos á otros: ¿No es este aquel hombre extraordinario á quien por todas partes se le busca para quitarle la vida? Vedlo aqui como habla con tanta intrepidez en presencia de los que lo buscan, sin que se atrevan á decirle una sola palabra; ¿habrán conocido que es el verdadero Mesias? Pero sabemos todos que este es un hombre nacido y criado entre nosotros; y cuando haya venido Cristo, nadie sabrá de donde es. El populacho era quien hablaba así; porque los judios que sabian la Escritura, no ignoraban que Cristo debía ser de la raza de David y de la aldea de Belen, de donde David era natural. Mas el Salvador conociendo lo que el pueblo pensaba de él, levantó la voz y les habló, con todo su zelo diciendo: Vosotros sabéis quien soy y de donde soy, segun el hombre que solo aparece á vuestros ojos. Pero no sabéis quien soy ni de donde soy segun la naturaleza divina. Ignorais igualmente que soy el Mesias que Dios os ha enviado como lo habia prometido. Mas yo soy enviado, y el que me envió es veraz y no le conocéis.

Estas palabras del Salvador que debían satisfacer enteramente á sus enemigos, y hacerles ver cuán dichosos eran en tenerlo por Maestro, solo sirvieron para irritarlos. No buscaban ya sino tener ocasion de prenderle para perderlo. Pero como no habia llegado todavia el tiempo determinado por él para sacrificarse por la salud de los hombres, ninguno se atrevió á echarle la mano. El odio y la rabia de los principales de entre los judíos, no impidió el que muchos del pueblo creyesen en él y le reconociesen por el Mesías. Dios halla siempre almas dóciles que lo indemnican, por decirlo así, de la pérdida de las almas orgullosas, de esos espíritus incrédulos que se rebelan contra el moral y la doctrina de Jesucristo. ¡Espíritus inquietos y fluctuantes en materia de religion: aquí tenéis con que fijaros. Sujetad vuestro corazon á las verdades prácticas que os enseña el Evangelio; hacedlo triunfar en vuestro corazon, y la verdadera religion cautivará bien pronto vuestro espíritu y os convencerá que no puede ser sino Dios quien lo ha fundado.

La Epistola es del capítulo XXXII del libro del Ezodo.

En aquellos días: Habló el Señor á Moises, diciendo: Baja del monte: pecado ha tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto. Pronto se han desviado del camino que les enseñaste: se han formado un becerro de fundicion y adorádole; y sacrificándole víctimas, han dicho: Estos son tus dioses, ó Israel, que te han sacado de la tierra de Egipto. Y añadió el Señor á Moises: Veo que ese pueblo es de dura cerviz; déjame desfogar mi cólera contra ellos, y acabarlos; que yo te haré á tí caudillo de una nacion grande. Moises empero rogaba al Señor Dios suyo, diciendo: ¡Por qué, ó Señor, se enardece así tu furor contra el pueblo tuyo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con fortaleza grande y mano poderosa? ¡Ah! que no digan, te ruego, jamas los egipcios: Sacóles maliciosamente fuera para matarlos en los montes; y exterminarlos de la tierra. Apláquese tu ira, y perdona la maldad de tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, tus siervos, á los cuales por tí mismo juraste, diciendo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que os tengo hablado se la daré á vuestra posteridad, y la poseeréis para siempre. Con esto se aplacó el Señor, y dejó de ejecutar contra su pueblo el castigo que habia dicho.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan.

En aquel tiempo: Hacia la mitad de la fiesta, subió Jesus al templo, y púsose á enseñar. Y maravillábase los judíos, y decian: ¿Cómo sabe este las letras sin haber estudiado? Respondióles Jesus: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me la enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de este, conocerá si mi doctrina es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo. Quien habla de su propio movimiento, busca su propia gloria: mas el que busca la gloria del que le envió, ese es veraz, y no hay en él injusticia. ¿Por ventura no os dió Moises la ley? y con todo eso ninguno de vosotros observa la ley. ¿Pues por qué intentais matarme? Respondió la gente, y dijo: Estás endemoniado. ¿Quién es el que trata de matarte? Jesus prosiguió diciéndoles: Yo hice una sola obra, y todos lo habeis extrañado. Mientras que habiéndoo dado Moises la circuncision (no porque traiga de él su origen, sino de los patriarcas) no dejais de circuncidar al hombre aun en dia de Sábado. Pues si un hombre es circuncidado en Sábado para no quebrantar la ley de Moises, ¿os habeis de indignar contra mí por que he curado á un hombre en todo su cuerpo en dia de Sábado? No querais juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto. Comenzaron entónces á decir algunos de Jerusalem: ¿No es este á quien buscan para darle la muerte? Y con todo vedle que habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Si será que nuestros principes han conocido de cierto ser este el Cristo? Pero de este sabemos de donde es; mas cuando venga el Cristo nadie sabrá su origen. Entretanto prosiguiendo Jesus en instruirlos, decia en alta voz en el templo: Vosotros me conocéis y sabeis de donde soy; pero yo no he venido de mí mismo, sino que quien me ha enviado es veraz, al cual vosotros no conocéis. Yo sí que le conozco, porque de él tengo el ser, y él es el que me ha enviado. Al oír esto buscaban como prenderle; mas nadie puso en él las manos, porque aun no era llegada su hora. Entretanto muchos del pueblo creyeron en él.

MEDITACION.

Sobre la enormidad del pecado mortal.

Considera que el pecado mortal es el mayor de todos los males, y hablando propiamente, el solo mal que se debe temer. Pérdida de bienes, de honra, de salud, desgracias, accidentes diversos, voso-

tros costais hartos suspiros y lágrimas, muchos malos ratos, bastantes pesadumbres; sin embargo, si con todas estas infelicidades eres hombre virtuoso y arreglado, y estás en estado de gracia, eres digno del respeto de los mismos ángeles, eres feliz. Y al contrario cuando todo te sucediera á medida de tu deseo, cuando fueras el hombre mas dichoso del mundo, si estás en pecado mortal, ¿qué eres á los ojos de Dios que solo conoce perfectamente el mérito de todas las cosas? Un objeto de horror, el objeto de su indignación y de su furor. Infiere de aquí cuál es la malicia del pecado. Todas las desdichas que han sucedido desde el principio del mundo, y la condenacion eterna de tantas almas sepultadas en los abismos del infierno, aquel centro donde se hallan juntos todos los males, todo esto no es efecto sino de la culpa mortal. No habia criaturas mas nobles ni mas perfectas que los ángeles; y sin embargo un solo pecado mortal que solo fué un consentimiento dado á un pensamiento de orgullo, y que no duró sino un momento, precipitó á los infernos y condenó á suplicios eternos un tan gran número de criaturas tan excelentes, que podian dar á Dios tanta gloria por toda la eternidad, y que Dios habia hecho singularmente para su gloria. Concebamos despues de esto, si es posible, lo que es un pecado mortal; este pecado que se comete tan fácilmente y casi sin escrúpulo; este pecado que es tan universal en todas las edades de la vida; este pecado que se comete muchas veces y sin el menor pesar.

Considera que por terrible que sea la pena con que Dios castiga el pecado, no ignora jamas á toda su malicia. Un solo pecado de desobediencia privó al primer hombre de la justicia original, lo privó de todos los dones sobrenaturales, y atrajo sobre él y sobre toda su posteridad esta multitud casi infinita de toda especie de males, que nos harán gemir hasta el fin de los siglos. ¡Cuántas personas de una virtud distinguida, ricas en merecimientos, que llegaron á un grado sublime de santidad, por un solo pecado mortal se habrán condenado infelizmente! Por mas que se haya vivido los sesenta, los ochenta años en el ejercicio de la penitencia; por mas que se hayan practicado los actos de las mas heroicas virtudes; cuando una persona hubiese convertido todo el universo, y obrado para ello los mas estrepandos milagros; un solo pecado mortal destruye, aniquila, por decirlo así, en un momento todo esto; en el mismo instante que le comete se hace enemigo del Señor, horrible á sus ojos, y si muere con este pecado, es por toda la eternidad el objeto fatal de su fu-

ror y de sus venganzas. Luego es verdad que el pecado no solamente es el solo mal, hablando en rigor, sino que no puede haber otro mal que él. ¿Y se mira como tal? ¡Ah! que el pecado agrada, tiene atractivos, y se puede decir que infinitas personas no hallan gusto en los placeres, sino en cuanto están sazonados con algun pecado. ¿Y no soy yo de este número? Porque ¿qué horror he tenido hasta aquí al pecado? ¡Ah Señor! si consulto la facilidad que he tenido en cometerlo, y el poco dolor que he concebido de haberlo cometido, ¿qué debo pensar? ¿qué puedo decir?

PETICION Y PROPOSITOS.

Pero, Dios mio, ya desde este instante detesto mi ceguedad; admiro y adoro vuestra bondad y vuestra paciencia; perdonadme mis desórdenes pasados: mi penitencia será la prueba mas eficaz de mi dolor. El pecado es el solo mal que debo temer, y será el solo que temeré. Huiré de éste como de un dragon maligno que me persigue. A las enfermedades, á la pérdida de los bienes terrestres, á las adversidades, y todas las demas molestias de la vida, los miraré como unos males que todos me pueden ser útiles. Nada desearé, nada emprenderé que no sea con el objeto de agradaros y no de ofenderos. Confiando en vuestro auxilio haré muchas al dia, ó á lo ménos todas las mañanas, esta bella oracion de la Iglesia.

JACULATORIA.

Señor Dios omnipotente, sálvame hoy por tu gracia para que no cometa ningun pecado, sino que todos mis pensamientos, palabras y obras se dirijan á cumplir tus preceptos y tu voluntad.

LECCION.

Sobre el estudio profundo que debemos hacer de nuestra religion.

Por desgracia nuestra, el dia de hoy el mayor número de los cristianos no conoce su religion, ni juzga de ella sino por la superficie: á todos, pues, debemos decir, lo que Jesucristo dijo á los judíos: *No queráis juzgar segun la superficie; juzgad, pues, con justo juicio.* Si fuéramos ménos superficiales, la incredulidad y fanatismo no hubieran adelantado ni un ápice de terreno; pero desgraciadamente acostumbrados los mas á no conocer la religion sino por las ideas superficiales que se nos dan de ella; creemos que no consiste mas que en metras costumbres y simples ceremonias. Subamos

á su origen, busquemos á Dios en el mismo Dios, y véamos nosotros lo que somos, y al instante se disipará el engaño, se desvanecerá la ilusión, la verdad se descubrirá; y lo que nos parecía un objeto despreciable, ó á lo ménos indiferente, se hará un asunto de asombro y de adoración.

Entónces reconocerémos, que la Divinidad no ha podido criar una alma tan sublime como la nuestra, sin comunicarle algunos rayos de su luz: una luz que le dá un entendimiento para conocer qué ella es la mas elevada entre todas las criaturas. Registrémos ligeramente las verdades que nos ha hecho conocer este entendimiento, y conocerémos la grandeza de nuestra alma. En la escuela de Jesucristo aprendemos á hacer bien á nuestros enemigos; á renunciarnos á nosotros mismos, y á referirlo todo á Dios; aprendemos que cuanto somos mas humildes, somos mas grandes; que cuanto mas pobres, somos mas ricos; que cuanto mas padecemos, somos mas dichosos; que cuanto mas abatidos, somos mas ensalzados; cuando todo ésto se practica, mirando á la eternidad con la luz sublime que ilumina á nuestro espíritu, entónces conocemos mucho mas, que nuestra alma es el mas precioso tesoro, y que era mucho mejor perder el universo, que profanarla; que nada es grande ni digno de nuestra atencion; sino lo que se hace por el cielo: aprendemos por último, á respetar nuestros cuerpos como vasos consagrados para el augusto misterio de la Eucaristía, y santificar nuestras obras, y acrisolar nuestros deseos. Esta moral, verdaderamente grande y sublime, es la que forma la esencia de la religion, y que hallándose comprendida toda en el Evangelio, cuyo libro es y será nuestra regla y nuestra ley; y con ella podemos desafiar á todos los pueblos del mundo á que produzcan otra cosa tan admirable y tan divina. ¿Se dirá en vista de la enumeracion de obligaciones tan conformes, tan relativas á nuestra razon, y tan convenientes para la conservacion de la sociedad, que la religion es un objeto indiferente, y que sin ella cualquiera puede ser hombre de bien? ¿Quién no ve, recorriendo todas las obligaciones que nos impone esta religion, que ella sola es el alma de la probidad y rectitud? ¿Quién no conoce que solo esta divina religion es la que influye en nuestros buenos deseos, la que debe reglar nuestros más íntimos pensamientos, y que no tendrémos mas que la superficie y nombre de buenos, si no somos interiormente tan honrados y tan justos como lo parecemos? "La sabiduría, dice San Ci-

riilo, es el catecismo de la fé; de modo que solo insultan los dogmas del cristianismo los que no son sabios." Cuando se hubieren dejado las locuras del mundo para meditar las verdades eternas del Evangelio, entónces se verá que forman un maravilloso encadenamiento, que perfeccionan nuestra razon, y en cierto modo nos divinizan. Nuestra religion no es como la de Mahoma: todos pueden estudiarla, porque nada mas teme que ser ignorada; no es como todas las sectas, que no existieron ántes de que las hubiera inventado algun hombre; nuestra santa religion es nacida el mismo dia que se crió la luz y que nacieron los dias; asciende hasta el primer hombre, porque el Antiguo Testamento fué figura del Nuevo, y la ley natural la base primordial de toda justicia y religion. Nuestra religion no nos envilece como esos cultos groseros y carnales, cuyas imaginarias recompensas consisten en los placeres sensuales; la nuestra no, porque es toda pura y toda celestial; de modo que, según la bella expresion de un poeta, nosotros somos gusanos destinados á ser angélicas mariposas.

Elevémosnos tanto como el cristianismo nos ensalza, y resplandecerá el Evangelio en nuestros ojos como una ley que no se ha promulgado en el universo sino para los mayores prodigios; como una ley que trastornó á la Jerusalem deicida, que destruyó á Roma idólatra, y que levantó su templo suntuoso sobre las ruínas del paganismo; como una ley que ha resplandecido, rompiendo fácciones, y que ha forzado á las potencias mas formidables y opuestas á sus máximas, á que la recibieran y la reverenciaran.

Mientras no se miren sino pasageramente las verdades del cristianismo, se perpetrarán la incredulidad y las malas costumbres. Si en el misterio de la Encarnacion no se considera mas que un Dios que se hace hombre, en atencion no mas á una simple manzana que comió Adán, cualquiera se verá tentado á dudarlo, y aun á negarlo; pero si se sabe que todo fué criado con respecto á Jesucristo, que todo subsiste en él como su principio y su fin, y que solo él podia satisfacer condignamente al Eterno, y hacer dignos nuestros obsequios; entónces es muy otra la pintura, y lo que parecia inútil y casi fabuloso, se anuncia con todas las notas y señales de justicia y de verdad. Si no se considera en la pasion de Jesucristo sino una crucifixion, ultrages é ignominias, es cierto que cualquiera se hallará tentado á creer que nada hay en este acontecimiento que no sea natural; pero si se sabe que no hay una sola circunstancia que

no haya sido profetizada mas de mil años ántes, entónces se verá con otros ojos, y se reconocerán rasgos verdaderamente divinos. Si se considera en los usos y ceremonias que observa la Iglesia, no mas que la simple exterioridad, es cierto que cualquiera lo tendrá todo por poco ó nada esencial; pero si se reflexiona que todas estas prácticas que parecen superficiales son simbólicas y sábiamente establecidas para contener á nuestros sentidos en el respeto, y para elevar nuestra alma á Dios, entónces ya vemos otra imagen; y lo que se tenia por inútil se estimará ya como justo, racional y sublime. No abandonemos, pues, su estudio, porque él nos dará ideas mas preciosas de nuestro Criador, de la magestad de su Sér, de la magnificencia de sus obras, de la sabiduría y profundidad de sus consejos: él nos enseñará mejor lo que somos, lo que es el vicio y la virtud, lo que es la gracia y la eternidad; y entónces no solo no blasfemaremos de una religion tan santa y divina, sino que la respetaremos, la amaremos y reverenciaremos, juzgando de ella *no por la superficialie, sino con justo juicio.*

Miércoles de la quarta semana de Cuaresma.

Este dia ha sido conocido comunmente con dos nombres; de los cuales uno es el *del ciego de nacimiento*, y el otro el dia *del exultinio mayor*; porque en este dia se hacia solemnemente el examen de los catecúmenos, que debian admitirse al Bautismo diez y ocho dias despues. Se llamaba este examen el grande escrutinio, porque de siete que se hacian en la Cuaresma para disponerlos al Bautismo, el que se tenia este Miércoles era el mas principal y mas solemne. Toda la misa dá una exacta relacion del Bautismo. El introito se ha tomado de la profesia de Ezequiel, donde dice: *Cuando fuere santificado en medio de vosotros, os juntaré de todas las partes de la tierra, y derramaré sobre vosotros una agua pura, y seréis purificados de todas vuestras manchas, y os daré un espíritu nuevo.*

La primera Epistola que tambien se leia en este dia ántes del Bautismo de los adultos, es un simbolo perfecto del Bautismo. La tomó la Iglesia del capítulo XXXVI del profeta Ezequiel, donde promete Dios á su pueblo sacarlo de la triste cautividad en que gemia, derramar sobre él una agua pura, y purificarlo de todo lo que

lo manchaba y afeaba. ¿Quién no vé que todo esto es una prediccion muy clara del Bautismo de Jesucristo, cuya sangre comunica al agua la virtud de borrar el pecado á los que creen en él. Tambien dice Dios por boca del mismo profeta, que les dará un corazon nuevo, y un nuevo espíritu, quitándoles al mismo tiempo aquel corazon duro y terreno de que estaban animados y aquel espíritu grosero y reacio que los hacia indóciles. Pondré mi espíritu en medio de vosotros, el cual os ilustrará, os descubrirá el vacío y la nada de los bienes criados, y el falso resplandor de todo lo que deslumbrá á los sentidos, de todo lo que agrada á la sensualidad. Este espíritu, haciéndoos conocer el precio de los bienes espirituales, os dará el gusto de ellos, dandoos la inteligencia de los mas altos misterios: la gracia que derramaré en vosotros con mi espíritu, hará que guardéis mis mandamientos con alegría, os hará caminar con fervor por mis caminos; añádele Señor, vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios que pondré en vosotros mis mas tiernas complacencias.

¶ A la verdad, despues que los judios volvieron de la cautividad, dieron ménos motivo de queja y de reprension, tocante á la idolatría y otros desórdenes que los profetas les habian echado en cara tantas veces ántes de la cautividad; mas sin embargo no llegaron jamas á aquel grado de perfeccion que se les anuncia en éste y otros pasages de la Escritura; porque esta profecía no debia cumplirse sino en la Iglesia; solo Jesucristo ha sido propiamente quien ha obrado en sus fieles las maravillosas transformaciones que señala aquí la Escritura; este Señor es quien con su gracia quita el corazon de piedra, este corazon duro y terreno, este corazon todo sensual y material que hacia el carácter de los judíos: él es quien da el corazon de carne, esto es, un corazon tierno, dócil, reconocido; él es en fin, quien derrama un espíritu nuevo, él nos purifica de nuestras manchas, y por medio de su gracia nos hace perseverar libremente en el bien.

¶ Siguiendo este mismo espíritu y en el mismo sentido ha destinado la Iglesia para la segunda Epistola de este dia, (que igualmente se leia á los adultos como la primera para que recibieran el Bautismo) el pasage del profeta Isaias, donde descubriéndonos Dios los infinitos tesoros de su misericordia, y las riquezas de su bondad, nos manda que nos purifiquemos de nuestras iniquidades, y que nos lavemos de todas nuestras manchas: *Lavaos, purifícaos.* No pide un lavatorio ni una purificacion exterior, como parece lo entendian